



NÚM. XX

BAYARDO

(1472-1425.)

Se diría que la caballería, estando á punto de sucumbir ante las nuevas armas, la nueva organizacion civil y la política poco generosa, quiso dejar una brillante personificación de sí misma en el *buen Caballero sin miedo y sin tacha*.

Pedro del Terrail, señor de Bayard, nació cerca de las fronteras francesas de la Saboya por los años de 1470, de un padre que poseía la pequeña señoría de Grignon, á ocho leguas de Grenoble. Su tío, obispo de esta última ciudad, veló sobre su primera infancia, inspirándole con su ejemplo fe y piedad, que le acompañaron toda su vida. En las escuelas del país aprendió también las bellas letras, y conservó siempre el gusto á la lectura, tan escaso entre los militares de aquel tiempo. En las cartas suyas que nos quedan hay mucha corrección.

Pronto de vuelta en el castillo paterno, oía atentamente las empresas de sus abuelos, referidas por los ancianos, ó recordadas por los escudos y trofeos de armas depositados en las salas. Aymon, su padre, que mutilado en la batalla de Guinegate se había visto reducido á un desagradable reposo, reunió un día á sus cuatro hijos, para consultarles sobre la profesion que querían elegir. Cada cual escogió la que mas armonizaba con sus inclinaciones; y cuando llegó su turno á Bayardo, que tenia entonces catorce años y era vivo como una centella, dijo: « Señor padre, lo que nos habéis relatado diariamente de los nobles hombres de otros tiempos y de los de vuestra familia, ha causado en mí tal impresión que desearia, si no os parece mal, seguir la carrera vuestra y de vuestros antepasados, esto es, la de las armas; y espero con la ayuda de Dios que no os haré avergonzar. » Alegróse el anciano, y contestó con los ojos bañados en llanto: « Hijo mio, Dios te favorezca. En el rostro y en el corazón te pareces ya á tu abuelo, que fué en su época un modelo de los caballeros de la Cristiandad. »

Preparóse, pues, á partir, y cuando salía á caballo del paterno castillo, su madre Elena de

los Alemanes dejó por un instante los cuidados domésticos, y llorando al separarse de su hijo, aunque le veía en buena senda, hablóle así: « Queridísimo Pedro, vas á servir á un príncipe cortés; y en cuanto una madre es capaz de aconsejar bien á un hijo, tres cosas te recomiendo, que si las ejecutas, estoy segura de que vivirás triunfalmente en el mundo. La primera y mas importante es que ames, temas y sirvas á Dios, sin ofenderle nunca si es posible; pues él nos creó y nos conserva á todos, él nos salvará, y sin su gracia no harémos nada bueno. Por la noche y por la mañana encomiéndate á él, y te ayudará. La segunda, que seas afable y cortés con toda persona noble, desechando de ti el orgullo; sé humilde y servicial con todos, y no discoloro ni maldiciente; en la comida y la bebida no faltes á las reglas de la sobriedad; evita la envidia, pues es un vicio torpe; no adules ni andes con cuentos, pues los que tal hacen no llegan fácilmente á la perfección. Sé leal en obras y palabras, cumple lo que ofrezcas, socorre á las infelices viudas y á los huérfanos, y Dios te premiará. La tercera cosa es que tengas caridad con los pobres, pues el dinero que se da por amor á Dios no empobrece á nadie, y esas limosnas, hijo mio, te aseguro aprovecharán mucho á tu alma y tu cuerpo. Te recomiendo todo esto; á tus padres les queda poco que vivir, pero plegue á Dios que, mientras vivamos, no oigamos hablar mas que bien de ti. »

El joven prometió seguir los consejos de su madre y le pidió que rogase por él; entonces la buena y gentil señora sacó de la manga un bolsillo con seis escudos de oro y se lo dió á Bayardo.

Las advertencias maternas no fueron inútiles, pues el noble mancebo se mostró en su juventud modesto, púdico, cortés y devoto. Su tío, el obispo, le presentó en Chambéry al duque de Saboya, el cual le colocó en el número de sus pajes, y se hizo amar de señores y de damas; saltaba, luchaba, cabalgaba mejor que nadie.

naulton de Pierre Foradel, un gentil-homme de Gascogne, lesquels feirent merveilles aux lances, qui feurent incontinent rompues; puis veindrent aux haches, et se donnerent de grands coups; mais Bellabre rompit la sienne, parquoy les juges les departirent. Apres ces viendrent su les rens Tardieu et David l'Escossois, qui feirent tres-bien leur devoir: si fait chascun en son endroit, de sorte qu'il estoit sept heures devant que chascun eust achevé. Et pour un petit tournoy, ceulx qui y estoient, veirent aussi bien faire qu'ils avoient veu de leur vie. Quand tout fut achevé, chascun se retira à son logis, pour soy desarmer; puis apres veindrent tous à celui du bon Chevalier, où estoit le banquet appresté, et ja y estoient les deux juges, les seigneurs d'Ars, et de Saint-Quentin, et toutes les dames. S'il y eust devisé de deux journées ne fault pas demander, chascun en disoit ce qu'il luy sembloit; toutefois apres le souper conveint en donner resolution, et par les juges declarer qui devoit avoir les prix. Si en demanderent à plusieurs gentilshommes experimentez aux armes en leur foy, et puis apres aux dames en leur conscience, et sans favoriser l'un plus que l'autre. En fin tant par les gentils-hommes, que par les dames feut dict, que combien que chascun eust fait si bien son devoir que mieulx ne pourroit, ce neantmoins, à leur jugement, de toutes les deux journées le bon Chevalier avoit esté le mieulx faisant, parquoy remectoient à lui mesme, comme celui qui avoit gaigné les prix, de donner ses presens où bon luy sembleroit.

» Si y eut grande altercation entre les deux juges, à qui prononceroit la sentence: mais le bon capitaine Louys d'Ars pria tant le seigneur de Saint-Quentin, qu'enfin promeit de le faire. Si sonna la trompette pour faire silence, qui feut faite. Si dict le seigneur de Saint-Quentin: Messeigneurs qui estes ici tous assembler, et mesanement ceulx qui ont esté du tournoy, dont messire Pierre de Bayard a donné les prix par deux journées, monseigneur d'Ars, et moy, juges deleguez par vous tous à donner sentence raisonnable, où seront les dicts prix mieulx employez, vous faisons à sçavoir que apres nous estre bien deuément enquis à tous les vertueux et honnestes gentils-hommes, qui ont esté presens à voir faire vos armes, et semblablement aux nobles dames que voyez cy en presence, avons trouvé que chascun a tres bien et honnestement fait son devoir. Mais sur tous la commune voix est que le seigneur de Bayard, sans blasier les autres, a esté de toutes les deux journées le mieulx faisant; parquoy les seigneur et dames lui remectent l'honneur à donner les prix où bon lui semblera. — Et s'adressant au bon Chevalier lui: Seigneur de Bayard, advisez où vous les delivrerez.

» Il en feut tout honteux, et demeura un peu pensif; puis apres dict: Monseigneur, je ne

sçay par quelle faveur cest honneur m'est fait; il me semble qu'il en y a qui l'ont trop mieulx merité que moy; mais puis qu'il plait aux seigneurs et dames que j'en soy juge, suppliant à tous Messeigneurs mes compaignons qui ont mieulx fait que moy, n'en estre desplaisans, je donne le prix de la premiere journée à monseigneur de Bellabre, et de la seconde au capitaine David l'Escossois. — Si leur fait incontinent delivrer les presens, ny depuis homme ne femme n'en murmura, ains commencerent les danses et passetemps. Et ne se pouvoient saouler les dames de bien dire du bon Chevalier, qui tant feut aymé en la Picardie, qu'onques homme ne le feut plus. Il y feut deux ans, durant lequel temps se feut plusieurs tournois et esbatemens, où en la pluspart emporta toujours le bruit. Et la plus grande raison pourquoy tout le monde l'aymoit, c'estoit pour ce que de plus liberale ne gracieuse personne n'eust-on sceu trouver sur la terre; car jamais nul de ses compaignons n'estait desmonté qu'il ne le remontast. S'il avoit un escu chascun y par-tissoit. Quelque jeunesse qu'il eust, la premiere chose qu'il faisoit quand il estoit levé, c'estoit de servir Dieu. Il estoit grand aumosnier, et ne se trouva durant sa vie homme qui sceust dire avoir esté refusé de luy en chose dont il ait esté requis, s'il a esté en son possible. Au bout de deux ans le jeune roy de France Charles entrepreint son voyage de Naples, où le seigneur de Ligny alla: parquoy envoya de bonne heure querir le bon Chevalier; car cognoissant ses vertus et les honnestes propos qu'on tenoit de luy, ne le vouloit pas laisser derriere. »

Pero ya era tiempo de que Bayardo pasase de las batallas fingidas á las verdaderas.

La época del feudalismo habia concluido; su mision de detener las olas de los pueblos y de reunir las naciones en derredor de un castillo estaba terminada. Los reyes aumentaban su poder sujetando uno tras otro á los barones, ó adhiriéndolos á su corte, de modo que de tantos poderes separados resultase uno solo, capaz de fomentar la nueva civilizacion. Las naciones, creciendo en importancia, empezaban sus guerras reciprocas, al antojo de un príncipe.

Era la época de las grandes aventuras, de las grandes revoluciones, de las grandes conquistas. La imprenta comenzaba á producir resultados; la Reforma sublevaba al pensamiento contra la autoridad y la historia; aplicábase la pólvora á los ejércitos, de manera que el fusil de un plebeyo traspasaba la armadura de su opresor: en Inglaterra se habia visto tres veces en quince años una corona ganada en una batalla; Fernando el Católico é Isabel atraían las miradas de toda Europa con el último acto de las Cruzadas, la extincion del dominio de los Moros en España; la erudicion griega y romana resucitaba á los antiguos héroes, ciñendo

su frente con laureles de la edad média; la India ofrecia nuevas riquezas á Portugal y un nuevo mundo surgia del mar á la voz de Colon.

Carlos VIII, animándose ante tal espectáculo, quiso conquistar la Italia, para abrirse paso á Constantinopla y á la restauracion del imperio de Oriente. Por eso emprendia Francia aquellas expediciones, que debian perjudicarla en la apariencia, reportando de ellas no obstante frutos que no se esperaban, esto es, el conocimiento de las artes, del saber y de la filosofia.

Italia excitaba entónces la admiracion y la codicia de los Franceses: enjambres de aventureros iban de vez en cuando de Francia y del Languedoc á buscar allí fortuna, y á su vuelta ostentaban hermosas armaduras de Milan, sedas de Florencia, joyas de Venecia, no cesando de encomiar las ricas ciudades, el delicioso clima, los vinos excelentes, las mujeres de aquel país, tantos nuevos manantiales de goce descubiertos. Estos relatos hacian olvidar las crueles enfermedades, las derrotas y el gran número de personas que habian sucumbido al otro lado de los montes; y al primer grito de guerra « ensillaban dos negros corceles, se cubrian la frente con las cimbras » y bajaban á Italia á montones, entonando cánticos guerreros.

Por otra parte Italia, tan adelantada á las demas naciones en cultura, carecia de aquel espíritu público y de aquel sentimiento de legalidad que crea las nacionalidades ó las conserva. Los litigios de Comun á Comun habian dado nacimiento á una porcion de pequeños príncipes, ninguno de los cuales fué capaz de someter á los otros, como habia hecho el rey de Francia; y en sus envidias reciprocas desperdiciaban el valor, destruían al sentimiento de la fraternidad. Los barones napolitanos, ofendidos por el rey Fernando, volvian los ojos á Carlos VIII, suplicándole hiciese valer los derechos de la casa de Anjou á su país. Los barones de Roma, que se complacian en apellidarse los *grillos del papa*, favorecian á quien los libraba de los Borgias. En Florencia, Savonarola esparcia el odio contra los Médicis; anunciaba los Bárbaros que irian á castigar á los señores de Italia, y disponia los ánimos á dejar paso á los instrumentos de Dios. El Piemonte era medio frances desde Luis XI. En Milan Luis Esforcia, deseando pasar de tutor á señor, instigaba al rey de Francia para que los movimientos de Italia le distrajesen y no pensase en hostilizar su usurpacion, y seducia á De Vese y á Bricconet, obispo de Saint-Malo, favoritos de Carlos, quienes, en efecto, indujeron á su señor á acometer dicha empresa (1495).

Pésima era entónces la condicion de los ejércitos. Italia habia estado un tiempo toda sobre las armas, cuando el sentimiento gibelino dominaba, de modo que no habia altura que no estuviese protegida, ni llanura sin su castillo. Prevalecieron las libertades populares, la gente amiga del comercio y de las artes trató de excusarse del servicio de las armas, y tomó á

sueldo hombres que eligian el mas innoble oficio, á saber, el de combatir por la persona que les pagase. Como no les excitaba el odio ni el sentimiento de patria y de honor, debilitaron las guerras, hicieron incruentas las batallas, y redujeron todo el arte militar á evoluciones lentas y cómodas, á algunos encuentros, todos en defensa propia. Nada les importaba, pues, perfeccionar las armas, porque tenian contra sí otras iguales á las suyas; usaban las molestas armaduras antiguas; las bocas de fuego no progresaron, y toda su artilleria consistia en ciertos cañones pesados que eran arrastrados por bueyes, y que solo servian para asustar á los caballos.

De repente se precipitó sobre ellos una turba de extranjeros; « gente que olia á horca (dice Brantôme), la mayor parte con la marca de los delincuentes; llevaban camisas largas, sin mudarse mas que cada tres meses, y se veía su pecho velludo, etc. » Acudian á gozar de las riquezas y comodidades de aquella Italia tan celebrada; pero entre ellos iban buenos soldados y una artilleria ligera, capaz de secundar todas las evoluciones de la infanteria y la caballeria. Es verdad que el rey no habia preparado nada, ni viveres, ni tiendas, aunque se acercaba el invierno; pero esto contribuía á que fuesen mas terribles y funestos á la pobre Italia, á cuya costa debian vivir. Los señores italianos trataron mas bien de corromper que de vencer á estos agresores, y ya en Turin salieron á recibir al rey hermosísimas mujeres, y Luis el Moro le envió otra porcion, que no tardaron en poner su vida en peligro.

Bayardo, con la compañía del conde de Ligny, bajó en pos de Carlos, el cual recorrió fácilmente toda la península, y subyugó el reino de Nápoles, perdiéndolo con la misma facilidad.

La guerra de los Franceses en Italia era propia de Bárbaros; aquellos nobles armados despreciaban á todo el que no pertenecia á la nobleza; degollaban á millares los soldados de á pié, sin perdonar viejos, mujeres, ni niños. En Florencia saquearon el palacio de los Médicis; la biblioteca con preciosísimos manuscritos y las colecciones formadas con tanta paciencia y á costa de tanto dinero por Cosme y el magnífico Lorenzo, fueron víctimas de una multitud de mercenarios y de nobles que se jactaban de no saber escribir *porque eran nobles*. Los prisioneros de guerra, que ántes se canjeaban, ahora eran degollados, porque no valian sino cinco ó seis sueldos, de modo que convenia desembarazarse de ellos.

Así los Franceses eran aborrecidos, como autores de aquella larga guerra, cuyo fin no se veía aun. Por lo tanto, los príncipes y los señores, disgustados pronto del extranjero que habian llamado ó favorecido, se coligaron contra él, disponiéndose á cortar la retirada, lo cual dió motivo á la batalla de Fornovo, donde Bayardo figuró entre los mas valientes; le mataron dos caballos, y quitó á los Italianos una bandera

Pero no estuvo allí mas que seis meses; pues habiendo ido á Lyon Carlos VIII, rey de Francia, donde « emplcaba el tiempo en placeres, entre príncipes y nobles, justando todo el día y bailando por la noche con las mujeres del país, que son verdaderamente hermosas y dotadas de mucha gracia (1), » el duque fué á prestarle homenaje y llevó consigo á Bayardo, cuyo buen aspecto y destreza agradaron tanto al rey que le pidió al duque.

Habiendo pasado de este modo al servicio de Carlos VIII, le confió el rey al cuidado de Pablo de Luxemburgo, conde de Ligny, que le nombró hombre de armas de su compañía, y le mostró siempre el corazón de un padre. Muy joven aun, se señaló Bayardo en los torneos, triunfando á menudo de ilustres caballeros.

Entre los modos de buscar empresas y gloria durante la paz, eran famosos los pasos de armas, donde uno ó mas se ponian á defender un puente ó un camino, clavando en un árbol ó en un poste el escudo con sus insignias, de modo que cualquier caballero que pasase estaba obligado á combatir con aquel de los mantenedores cuyo escudo hiriese; y si era vencido, debía cumplir las condiciones que se le imponian. Olivéros de la Marche describió varios, entre ellos uno en Borgoña cerca de Chalons en 1441, llamado el Paso de la fuente de Plours. Colombiere habla de otro en el castillo de Cendricourt en 1396, arreglado por el heraldo Orleans, donde los escudos de diez mantenedores pendian ante la puerta del castillo, y el que iba á combatir debía probar los cuatro cuarteles de nobleza materna y paterna, por medio de un heraldo de armas. El primer lugar en que se ejercitaban los cuatro caballeros contra todo el que se presentaba, se denominaba la *Barrera peligrosa*, peleándose á pié con lanza y espada, hasta que las damas y los jueces los hacian separar. El segundo, para combatir á caballo en tropel, se conocia por la *Encrucijada tenebrosa*, campo cerrado por tabiques de madera, con tiendas y pabellones, vino y manjares para el que llegase. El tercero era el *Campo de la espina*, para combatir á caballo de hombre á hombre. Y el último *La selva inaccesible*, donde estaban los de dentro, empeñando la batalla con todo el que venía de fuera, como caballeros andantes que buscaban aventuras, á manera de los antiguos caballeros de la Tabla redonda; y al entrar, se acercaban á un pino verde para tomar lanzas y espadas, todas de una misma medida, y despues recorrían el bosque peleando á pié y á caballo, segun el genio de cada uno.

Nuestro Bayardo se ilustró primeramente en el famoso paso de armas sostenido por Claudio de Vauldré, noble borgoñon, miéntras que el rey Carlos permanecia en Lyon. Existe de este paso una descripción antigua, cuyo cap. 10 re-

(1) *Mém. de Bayard.*

fiere un torneo publicado por Bayardo, que creemos deber reproducir.

Comment le bon Chevalier fit crier dedans Ayre un tournoy pour l'amour des dames, où il y avoit pour le mieulx faisant un brasselet d'or, et un bel diamant pour donner à sa dame.

« Combien que grand besoing eust de repos le bon Chevalier sans peur et sans reproche, à cause du long travail, peur le propos que luy avoit tenu son compaignon Tardieu, ne dormit pas trop la nuict: ains pensa comment seroit fondé son tournoy. Ce qu'il meit en son entendement, et delibera en soy mesme de l'executer, comme vous orrez. Car quand Tardieu le veinct veoir le matin, et luy amena la trompette, trouva desja par script l'ordonnance comment devoit estre ledict tournoy. Qui estoit telle. C'est que Pierre de Bayard jeune gentilhomme et apprentif des armes, natif du Dauphiné, des ordonnances du roy de France, soubz la charge et conduite de hault et puissant seigneur monseigneur de Ligny, faisoit crier et publier un tournoy au dehors de la ville d'Aire, et joignant les murailles à tous venans, au vingtiesme jour de juillet, de trois coups de lance sans lice, à fer esmoulu, et en harnois de guerre, et douze coups d'espée, le tout à cheval; et au mieulx faisant donnoit un brasselet d'or esmaillé de sa livrée, et du poids de trente escus. Le lendemain seroit combattu à pied à poux de lance, à une barriere de la hauteur du nombril; et apres la lance rompue, à coups de hache, jusqu'à la discretion des juges, et de ceulx qui garderoient le camp; et au mieulx faisant donnoit un diamant du prix de quarante escus.

« Quand Tardieu eust vu l'ordonnance, il dit: Par Dieu compaignon, jamais Lancelot, Tristan, ne Gauvain ne feirent mieulx. Trompette allez crier cela en cette ville, et puis irez de garnison en garnison d'icy à trois jours, pour en advertir tous nos amis. — Il faut entendre qu'en la Picardie y avoit pour lors sep ou huict cent hommes d'armes, comme la compaignée du marescal des Cordes, celle des Escossois, du seigneur de la Palisse, vertueux et triomphant capitaine, et de plusieurs autres, qui par ledit trompette furent informez du tournoy. Si se meirent en ordre ceulx qui s'y voulurent trouver, car le terme n'estoit que de huict ou dix jours; toutefois il ne s'en trouva pas si peu qu'ils ne fussent quarante ou cinquante hommes d'armes sur les rences.

« En ces entrefaictes, et en attendant le désiré jour, arriva ce gentil chevalier le capitaine Louys de Ars, lequel feut tres joyeux d'estre venu d'heure, pour en avoir son passatemps. Sa venue sceue par le bon Chevalier, luy alla faire la reverence, et se feirent grande chere l'un à l'autre. Encore pour mieulx renforcer la feste, le lendemain arriva son compaignon Bellabre, qui donna grand rejoyissement à toute

la compaignée. Si se delectoient tous les jours à essayer leurs chevaulx, et faire banquetts aux dames, où entre autres le bon Chevalier feut tres-bien son devoir, de sorte que les dames de la ville et plusieurs autres de alentour, qui estoient venuest pour estre au tournoy, lui donnoient le los sur tous les autres, dont toutefois ne se mectoit en orgueil.

« Or veinct le jour ordonné pour commencer le dict tournoy, que chascun se meit sur les rences. L'un des juges estoit le bon capitaine Louys d'Ars, et le seigneur de Saint-Quentin, Escossois l'autre. Si se trouverent les gentilhommes sur les rences, qui feurent nombrez à quarante six, et par sort sans tromperie feurent partis, vingt et trois d'un costé, et vingt et trois d'un autre; et ceulx estans prests pour commencer à bien faire, la trompette va sonner, et apres declara de point en point l'ordre du tournoy. Si convenit au bon Chevalier se presenter le premier sur les rences, et contre luy veint un sien voisin du Daulphiné, nommé Tartarin, qui estoit fort rude homme d'armes (1).

« Si laisserent courre l'un à l'autre, de sort que le dict Tartarin rompit sa lance à demy pied du fer, et le bon Chevalier l'assenna au hault du gran gardebras, et meit sa lance en cinq ou six pieces, dont trompette sonnerent impetueusement; car la joustة feut belle à merveilles. Et apres avoir parfourny leur point de retourner pour la seconde, et fut telle l'adventure de Tartarin, que sa lance faulsa le gardebras du bon Chevalier, à l'endroit du canon, et couydoient tous ceulx de la compaignée qu'il eust le bras percé. Le bon Chevalier loy donna au dessus de la veue, et lui emporta un petit chapelet plein de plumes. La tierce lance feut aussi bien, ou mieulx rompue que les deux autres. Leurs courses faictes, veint Bellabre, et contre lui se prepare un homme d'armes, escossois, qu'on nommait le capitaine David de Fougas: qui pareillement feirent de leurs trois lances ce qu'il estoit possible à gentils hommes de faire: et ainsi deux contre deux jouterent jusques à ce que chascun eust parfourny ses courses. Apres convenit combattre à l'espée, et commença selon la premiere ordonnance le bon Chevalier, qui du troisieme coup qu'il donna, rompit son espée en deux pieces, du reste feut si bien son devoir jusques au nombre des coups ordonnez, que mieulx n'eust sceu faire.

« Apres veindrent les autres selon leur ordre; et pour un jour, au rapport de tous les voyans, mesme ainsi que dirent les deux juges, ne feurent jamais mieulx courus de lance, ne combattu à l'espée. Et combien que chascun le feist fort bien, les miulx faisans feurent le bon Chevalier, Bellabre, Tartarin, le capitaine Da-

(1) Este Tartarin, citado con frecuencia en el torneo, y que se hirió en París á la entrada de la reina María de Inglaterra, mujer de Luis XII, se llamaba propiamente Aimon de Salvaing, señor de Boissieu.

vid, un de la compaignée de Monseigneur des Cordes, nommé le Bastard de Chimay, et Tardieu.

« Quand veint sur le soir, que chascun eut fait son devoir, se retirent tous au logis du bon Chevalier, qui avoit fait dresser le souper triomphant, où il y eut force dames; car de dix lieues alentour toutes celles de Picardie, ou la pluspart estoient venues veoir ce beau tournoy, et y feut fait grande et triomphante cehere. Apres le souper y eut danses, et plusieurs autres esbatements, tant qu'il feut si tard, avant que personne se voulust ennuyer, qu'une heure apres minuict sonna. Alors s'en allerent les uns apres les autres en leurs logis, menant les dames jusqu'au lieu où elles devoient reposer. Si feut assez tard le lendemain avant qu'elles feussent bien esveillées, et croyez qu'il n'y en avait nulles, qui se lassassent de donner merveilleuse louenge au dic bon Chevalier, tant des armes que de l'honnesteté qui estoit en luy; car nul plus gracieux, ne courtois gentil-homme n'eust ou sceu trouver en ce monde.

« Or pour parfaire ce qui estoit commencé, le lendemain les soldats tous ensemble se trouverent au logis de leur capitaine Louis d'Ars, où estoit desja le bon Chevalier, qui Pestoit venu prier de disner en son logis, avec le seigneur de Saint-Quentin, en la compaignée des dames du soir precedent, qui feut accordé. Il convenit aller ouyr messe, laquelle chantée, cussiez veu les jeunes gentils-hommes prendre les dames par dessous les bras, et icelles mener parlant d'amours, et autres joyeux devis, jusques au logis du dict bon Chevalier, où s'ils avoient fait bonne chere le soir devant, á disner la feirent encore meilleure. Gueres ne demeurèrent seigneurs, ne dames au logis depuis le disner; car environ lex deux heures chascun qui estoit du tournoy, se tira sur les rences, pour achever l'ordonnance du second jour, où celuy qu'à son penser n'estoit pas pour avoir le prix de la premiere journée, esperoit avoir la seconde.

« Les juges, seigneurs, et dames arrivez sur le lieu, commença le bon Chevalier sans peur et sans reproche le pas en la maniere accoustumée; et contre luy veint un gentil-homme de Hainault fort estimé, qui s'appelloit Hannotin de Suere: qui padessus la barriere à poux de lance se ruèrent de grands coups, et jusques à ce qu'ils feussent par pieces. Apres prindrent leurs haches qu'ils avoient chascun de leur costé, et se ruèrent de grands et rudes horions, tellement qu'ils sembloit la bataille estre mortelle. Toutefois enfin le bon Chevalier donna un coup sur son adversaire à l'endroit de l'oreille; de sorte qu'il le feut tout chanceler, et qui pis est, agenouiller des deux genouils, et en rechargeant par dessus la barriere, luy feut baiser la terre, voulust ou non. Quoy voyant par les juges, crièrent: Hola, Hola, c'est assez, qu'on se retire.

« Apres ces deux veindrent Bellabre et Ar-